

Carlos García Gual

Edipo: mito y tragedia



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



PAPEL DE FIBRA
CERTIFICADA

© Carlos García Gual, 2012
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-717-7
Depósito legal: M. 8.281-2024
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 A modo de prólogo
13 Acerca de la tradición de algunas versiones europeas de *Edipo rey*
- Primera parte. *Edipo rey*, de Sófocles
- Segunda parte
- 103 I. El mito
154 II. Intermedio
195 III. La tragedia de *Edipo rey*
245 IV. Después de Sófocles
293 V. Interpretaciones del mito
315 Epílogo

A modo de prólogo

El detective descubre al final al asesino: es él mismo. El prestigioso rey sabio se revela como un ignorante: no sabía quién era ni de quién era hijo. El que se presentó como justo vengador del asesinato de su padre debe ejecutar la venganza, al descubrirse único culpable del antiguo crimen. También es él quien se juzga y se castiga. El héroe que salvó a la ciudad eliminando al monstruo feroz que la asediaba va por segunda vez a salvarla: será con su destierro. El rey que conquistó el trono de Tebas con su saber y audacia, aclamado como héroe vencedor que obtiene, en premio por su triunfo, la mano de la reina, descubre al cabo de un tiempo que, sin saberlo ni él ni ella, ha matado a su padre y comparte el lecho incestuoso con su madre. Esa es la dramática e inquietante trama que protagoniza Edipo. Un mito que, desde su lejanía, reclama la versión trágica.

Quien resolvió el enigma de la Esfinge fue, para sí mismo, en definitiva, un oscuro enigma. En una de las más

atrevidas recreaciones modernas del mito, *La máquina infernal* de J. Cocteau, una obra de título muy significativo, la espantosa y astuta Esfinge, medio leona, medio mujer alada, no se suicida una vez que Edipo ha acertado la respuesta al enigma –pues en esta versión dramática ella misma le ha sugerido la solución–, sino que se asombra de la ingenuidad del joven héroe, al verlo alejarse rumbo a Tebas, ufano e inconsciente de su destino, que no es sino una trampa trágica urdida acaso por los dioses. Esa versión es una posible interpretación de la trama edípica: parece un buen ejemplo de que nadie escapa a su destino. De acuerdo con la profecía del famoso oráculo, Edipo actúa fatalmente: en efecto, tal y como parece fatal que ha de terminar ocurriendo, matará a su padre y se casará con su madre. ¿Están detrás de la escena los dioses? ¿Es Apolo, el ambiguo dios de Delfos, el que en el drama de Sófocles impulsa la investigación del crimen, un actor en la sombra? ¿Hasta dónde llega la libertad de Edipo?

Entre el mito y la tragedia hay distancias muy significativas. Y, con el tiempo, las representaciones del mito varían tremendamente. Desde Freud los lectores modernos han rastreado en las figuras del mito intrigantes aspectos simbólicos. Así, el encuentro con la Esfinge, por ejemplo, que es la gran hazaña singular de Edipo, no tiene un gran papel en la tragedia de Sófocles. Pero la terrorífica fiera, que, según Jung, es un símbolo o arquetipo de la «Madre Terrible», «una furia de libido incestuosa», aparece dibujada en algunos vasos de la cerámica del siglo V a. C., sentada y dialogando amablemente con un Edipo reposado –con sombrero y bastón de viajero–, sin que nada advierta de su tremenda ferocidad ni de su feminidad perversa y agresiva,

rasgo en cambio que será muy destacado en las representaciones pictóricas, de cuño romántico, del siglo XIX.

En el fondo está siempre el mito; después, la tragedia, puesto que la de Edipo es una trama que se presta como ninguna al tratamiento dramático; finalmente, la larga serie de reflejos que proyectan uno y otra. Se trata de un relato muy conocido, recontado mil veces, pero al que todavía podemos volver, por su impresionante e intrigante sabor mítico.

Del mito arcaico y del *Edipo rey* de Sófocles trato en las páginas siguientes. Y he de decir de antemano que no puedo alegar una razón objetiva que justifique bien este nuevo libro sobre un tema griego tantas veces recreado y tantas veces comentado por grandes escritores y pensadores de indudable prestigio. No creo aportar al respecto ninguna tesis original; no hago sino traducir de nuevo esta tragedia (de la que hay muchas versiones en castellano), y analizar los pasajes y los ecos más resonantes de la misma. Pero desde hace mucho he repasado el texto de la magnífica tragedia, y he leído a lo largo de los años trabajos incontables, sagaces y eruditos, que reflexionaban sobre su sentido, la trama y sus variantes. De modo que la relectura tanto del texto de Sófocles como de la tradición del mito de Edipo me han acompañado, como una presencia obsesiva (algo que, según pensará el lector, tampoco es muy original), hasta que he tomado la decisión de analizar de nuevo la antigua trama mítica y sus múltiples reflejos literarios. De ahí viene este libro, que recoge ecos y fragmentos de mis muchas lecturas, con muchas citas y referencias que espero que también para los lectores resulten, como para mí, sugestivas y luminosas. De ahí ese aspecto un tanto polifónico que tienen sus capítulos, en testimonio claro de recono-

cimiento y homenaje a otros estudiosos del imaginario helénico y la tradición clásica, evocados puntualmente. Esas referencias evidencian una deuda intelectual, que es grato, y justo, reconocer.

En cuanto a la estructura del libro, en primer lugar tenemos mi traducción del *Edipo rey*, vienen luego unos capítulos sobre el análisis del mito, así como sobre los aspectos y motivos de la tragedia de Sófocles, y a continuación unas breves notas y comentarios sobre las recreaciones más interesantes del mito del trágico rey de Tebas.

Me han servido de gran y notable ayuda los trabajos recientes sobre el conjunto del mito de G. Guidorizzi y E. Lowell, junto a otros más antiguos, clásicos ya, libros de fondo, como los de G. Paduano, K. Reinhardt, B. M. W. Knox, W. Schadewaldt, J. Bollack, J. P. Vernant, C. Astier y otros que el lector verá citados en estas páginas –a menudo en breves citas en las que he recogido sus propias palabras–. Las referencias a esas obras en el texto o en las notas a pie de página no son aparato erudito, sino que quieren, en mi intención, destacar los diversos aspectos y motivos de una historia de inagotables sugerencias. E invitar, a la vez, a la lectura de los mencionados libros y ensayos de tan magnífica tradición y hermenéutica.

Acabará este prólogo recordando una frase de J. P. Vernant: «El hombre trágico se hace enigmático para sí mismo». El mejor ejemplo resulta ser, sin duda, el de Edipo.

Madrid, septiembre de 2012

Acerca de la tradición de algunas versiones europeas de *Edipo rey*

La primera edición impresa de *Edipo rey* fue la que salió de las prensas de Aldo Manucio en Venecia en 1502. El texto griego de Sófocles había llegado a la Italia renacentista traído de Constantinopla por Giovanni Aurispa en 1423. La obra tuvo gran éxito y pronta difusión, porque tuvo unas noventa ediciones a lo largo del siglo. Y se conservan más de cuarenta copias y comentarios en manuscritos del siglo XVI en Italia.

El *Edipo* de Séneca se había editado ya antes, con sus otras tragedias latinas, en Ferrara hacia 1475, y anticipó la difusión del mito trágico de Edipo en Europa. La edición de la *Poética* de Aristóteles también por Aldo Manucio en 1508, a la que siguió la edición en griego y latín de Alessandro de' Pazzi en 1536, y el comentario a la *Poética* de Robortello en 1548, significaron la canonización del texto de Sófocles como el modelo de la tragedia clásica, desplazando así lentamente a la obra de Séneca.

La primera traducción a una lengua moderna la hizo el mencionado Alessandro de' Pazzi al italiano en 1524. En varios países se sucedieron las traducciones al latín, como las de J. Scaliger, en 1540; V. Vinshemius, 1546; J. B. Gabia, 1543, etc. Al inglés se tradujo en 1581 (T. Sackville), al francés en 1579 (R. Garnier), etc. Giovanni Andrea dell'Anguillara produjo una primera representación, en propia versión bastante libre, de *Edipo rey* en el teatro construido por Palladio en Vicenza en 1560. Y en el nuevo teatro de la misma ciudad, también construido por Palladio, se representó en 1585 una versión mucho más memorable y fiel al texto de Sófocles, traducido por Orsato Giustiniani¹.

Ya en el siglo XVII tenemos muy notables representaciones (algunas contaminan el texto de Sófocles con el de Séneca) en Francia, pues es el siglo del esplendor del teatro clasicista francés. Entre estas podemos destacar los *Edipos* de Garnier (1579) y de Corneille (1659), y las hechas sobre traducción precisa y comentada de A. Dacier (*Oedipe roi*, 1692), de larga influencia. De 1717 es el *Edipo* del joven Voltaire, de muy significativa libertad en la recreación del drama.

Desde el siglo XVIII a finales del XX, son muy numerosas tanto las ediciones críticas como las traducciones y comentarios, así como las obras inspiradas en la tragedia de Sófocles. Son demasiado numerosas para dar aquí noticia de ellas².

1. Sobre esa representación puede verse el amplio y muy bien documentado artículo de P. Vidal-Naquet, «Edipo en Vicenza y en París: dos momentos de una historia», en J. P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, vol. II, Madrid, Taurus, 1989, pp. 225-246.

2. Una lista de las obras más notables puede verse en el apéndice de María Schadewaldt-Meier a la excelente traducción de W. Schadewaldt: *Sophokles. König Odipus*, Zurich-Stuttgart, Artemis, 1973, pp. 123-139.

La primera traducción española, notablemente fiel al texto de Sófocles, aparece a finales del siglo XVIII: *Edipo Tirano* de Pedro Estala, en 1793. La siguen la versión de Pedro Montengón (las tragedias de Sófocles) en 1820, y la ya marcada por su buen estilo en la tendencia romántica de su tiempo, de Francisco Martínez de la Rosa, en 1828³.

Hay en castellano muchas traducciones de Sófocles, y en especial de *Edipo rey*. Aproximadamente unas veinte las que cuento en la lista ofrecida por Manuel Fernández-Galiano a finales del siglo XX⁴. Citaré solo las últimas, desde 1950 hasta hoy: A. Blánquez (Barcelona, 1955), F. Rodríguez Adrados (Madrid, 1956), A. Espina (Madrid, 1965), G. Godoy (Santiago de Chile, 1968), L. Gil (Madrid, 1969), C. Miralles (Barcelona, 1969), M. Benavente (Madrid, 1971), J. Fallí (Barcelona, 1973), J. M.^a Lucas de Dios (Madrid, 1977), A. Alamillo (Madrid, 1981), J. Vara (Madrid, 1985), M. Fernández-Galiano (Barcelona, 1999) y la más reciente de J. Cano (Madrid, 2009).

Para esta traducción he utilizado fundamentalmente el texto griego de la conocida edición de A. C. Pearson, *Sophoclis Fabulae*, Oxford, OCT, 1928 (en la reimpresión de 1961), aunque con consultas puntuales de otras. Así, en algún pasaje he preferido las lecciones de la edición de H. Lloyd-Jones y N. G. Wilson, *Sophoclis Fabulae*, OCT, Clarendon Press, 1990, que aporta algunas mejoras al texto en su aparato crítico y ha sustituido en las mismas prensas Clarendon a la de Pearson.

3. Véase el interesante comentario de G. Paduano, *Lunga storia di Edipo re: Freud, Sofocle e il teatro occidentale*, Turín, Einaudi, 1994, pp. 341-348.

4. En su Sófocles, *Tragedias*, Barcelona, 1999, p. LIV. (En esa lista se citan también las varias catalanas, gallegas y portuguesas, algunas excelentes, como la de C. Riba).

Primera parte

Edipo rey, de Sófocles

Personajes:

EDIPO

SACERDOTE

CREONTE

CORO (ANCIANOS DE TEBAS)

TIRESIAS

YOCASTA

MENSAJERO DE CORINTO

SERVIDOR DE LAYO

HERALDO

Personajes mudos:

ANTÍGONA E ISMENE, hijas de Edipo

SUPLICANTES Y SIERVOS DEL PALACIO

(Ante el palacio de Edipo en Tebas. Una multitud de jóvenes y ancianos acuden como suplicantes -llevan ramos de olivo y cintas blancas en las manos-. Al frente, al abrirse la puerta, avanza el sacerdote de Zeus. Edipo, solemne y regio, sale a su encuentro)¹.

EDIPO

Hijos míos, nueva estirpe del antiguo Cadmo,
¿por qué acudís ahora a mí con estas actitudes,
armados con coronas y ramos de suplicantes?
La ciudad entera está llena de humaredas
y a la vez de súplicas de salvación y de lamentos.
Pues considero justo escucharlo no de otros mensajeros,
sino de vosotros mismos, hijos, aquí he venido, en persona,
yo, a quien todos llaman el ilustre Edipo.

1. La numeración marginal corresponde a los versos del original griego.

10 Así que, anciano, dime tú, ya que pareces adecuado
para hablar en nombre de estos. ¿Por qué motivo estáis
aquí,
por temor o por deseo? Piensa que estoy dispuesto
a socorreros en todo. Duro de conmover sería,
si yo no me compadeciera en esta situación.

SACERDOTE

Sí, Edipo, soberano de esta tierra nuestra,
ya ves la edad de quienes acudimos a tus altares.
Los unos, aún sin mucha fuerza para alzar el vuelo;
los otros, apesadumbrados por la vejez, los sacerdotes.
Lo soy yo de Zeus, y estos están elegidos entre los jóvenes.
El resto de la población, coronado de ramos de olivo, se
asienta
20 en las plazas, junto a los dos templos de Atenea
y sobre el polvo profético del río Ismeno.
Porque la ciudad, como tú mismo observas, sufre ya
terrible tormenta y no logra alzar su cabeza
del abismo en medio de la sangrienta tempestad,
y se va muriendo en los frutos cosechados de la tierra,
y se va muriendo en los rebaños de sus pastos,
y en los partos sin hijos de las mujeres. Y un dios incen-
diario
asalta e invade la ciudad, la peste odiosísima,
que va dejando vacía la casa de Cadmo,
30 mientras el negro Hades se colma de gemidos y lamentos.
Así que no porque te igualemos a los dioses
acudimos ante ti estos jóvenes y yo como suplicantes,
sino porque te juzgamos el mejor de los hombres
en las desdichas de la vida y en los contactos con los dioses.

Pues a tu llegada librate a la ciudad de Cadmo
del tributo que pagábamos a la implacable cantora, la Es-
finge;

y eso sin saber nada más y sin haber sido instruido
por nosotros, sino que, según se dice y se cree,
con el apoyo divino, pusiste a salvo nuestra vida.

Y ahora, ¡oh tú, entre todos muy poderoso Edipo!, 40
todos los que aquí venimos te rogamos
que nos encuentres algún remedio, bien sea
escuchando la voz de algún dios o acaso por consejo humano.

Veo que se salvan mucho mejor las desdichas
mediante los consejos de los experimentados.

¡Venga, tú, el más noble de los mortales, reanima la ciudad!

¡Vela por tí mismo! Pues ahora a tí esta tierra
te aclama como salvador por tu anterior empeño.

¡Que jamás vayamos a acordarnos de tu reinado
porque nos alzamos al principio y nos hundimos más tarde! 50

¡Pon en pie de nuevo esta ciudad con toda firmeza!

Ya que antaño, con favorable augurio, nos trajiste
la fortuna, también ahora muéstrate a la misma altura.

Puesto que seguirás gobernando esta tierra, que ya do-
minas,

es mejor que reines sobre hombres y no en una ciudad vacía.

Pues nada vale una torre ni una nave desierta
de hombres que las habiten en su interior.

EDIPO

Angustiados hijos, venís a expresar anhelos

conocidos y que no ignoro. Pues sé bien lo que sufrís todos,
pero aunque sufráis, nadie hay entre vosotros que sufra 60
como yo.

Pues entre vosotros el dolor le llega a uno solo por sí mismo, y por ningún otro, pero mi alma solloza por la ciudad y por mí y por ti a la vez. De modo que no me despertáis como a quien duerme un sueño, sino que sabed bien que he derramado muchas lágrimas y he andado muchos caminos en los extravíos de mi preocupación.

70 Y cavilando mucho vine a encontrar un único remedio, y lo he puesto en práctica. A Creonte, mi cuñado, el hijo de Meneceo, lo envié al oráculo pítico, al templo de Febo, para que se informara de qué podía hacer o decir yo para poner a salvo la ciudad. Al calcular el tiempo transcurrido ya me inquieta lo que le haya ocurrido. Más de lo acostumbrado se alarga su ausencia, más del tiempo conveniente. Pero en cuanto llegue, mezquino yo sería si al instante no hiciera todo lo que el dios exija.

SACERDOTE

¡Qué acierto! Acabas de decirlo y al momento estos me indican que Creonte viene hacia aquí.

EDIPO

80 ¡Apolo soberano! Ojalá venga con buena fortuna y con un mensaje de salvación según lo radiante de su aspecto.

SACERDOTE

Favorable, al menos según conjeturamos. Pues de otro modo no vendría así con una corona de laurel florecido.

EDIPO

Pronto lo sabremos. Pues ya está al alcance de mi voz.
Príncipe, querido cuñado, hijo de Meneceo,
¿qué mensaje vienes a traernos de parte del dios?

CREONTE

Uno bueno. Y os digo que las desgracias,
si uno acierta a salir bien de ellas, pueden concluir con feliz
fortuna.

EDIPO

¿Pero cuál es el mensaje? Porque todavía no estoy
ni confiado ni temeroso por tu relato hasta ahora.

90

CREONTE

Si quieres escucharlo ante esta gente,
dispuesto estoy a hablar, y también si prefieres que vayamos
dentro.

EDIPO

Habla ante todos. Pues me preocupa más
el sufrimiento de estos que el de mi propia alma.

CREONTE

Voy a decir lo que he escuchado del dios.
El soberano Febo nos ordena abiertamente
expulsar la impureza del país, la mancha extendida
en esta tierra, y que no alimentemos lo irremediable.

EDIPO

¿Con qué rito purificador? ¿Qué aspecto tiene esa des-
gracia?

100

CREONTE

Mediante una expulsión o resolviendo el crimen con otra muerte. Como si esa sangre atormentara la ciudad.

EDIPO

¿A qué infortunio pues y a qué hombre alude?

CREONTE

Tuvimos antaño, rey, como soberano de esta tierra a Layo, antes de que tú tomaras el gobierno de la ciudad.

EDIPO

Lo sé de oídas, pues nunca llegué a verlo.

CREONTE

Este murió, y ahora el dios manda sin ambages que alguien castigue a quienes cometieron con su mano el crimen.

EDIPO

¿En qué lugar de la tierra están ellos? ¿Dónde va a encontrarse el difícil rastro de un asesinato tan antiguo?

CREONTE

110 Afirmó que estaban en esta región. Lo que se busca puede hallarse, pero lo que no se investiga escapa.

EDIPO

¿Dónde encontró esa muerte Layo? ¿En su palacio, o fue en los campos, o en una tierra extraña?

CREONTE

Emprendió un peregrinaje como viajero a Delfos,
y ya nunca volvió a su casa después de su partida.

EDIPO

¿Ningún mensajero, ningún compañero de viaje
lo vio, y hay de quién pudiera uno informarse?

CREONTE

Murieron, menos uno solo, que escapó aterrorizado
y de lo que vio no fue capaz de decirnos a sabiendas sino
una cosa.

EDIPO

¿Cuál? Pues de una podrían deducirse muchas,
si encontráramos un breve indicio para la esperanza.

120

CREONTE

Dijo que le atacaron unos bandidos y lo mataron,
no con un único brazo, sino con multitud de manos.

EDIPO

¿Cómo, pues, el salteador habría llegado a tanta osadía,
de no ser que alguien se lo hubiera encargado, con dinero,
desde aquí?

CREONTE

Hubo esa sospecha; pero tras quedar muerto Layo
ninguno se presentó como su vengador en el desastre.

EDIPO

¿Qué desdicha os impidió, cuando su reinado
se derrumbaba así, investigarlo a fondo?